



Hotel Abismo

La mirada esquivada...
*Diseño de ala de Aurea María Sotomayor **

Mara Negrón

Universidad de Puerto Rico

«Ser poeta es medir. ¿Pero qué quiere decir medir? Es claro que, si la poesía debe ser pensada como un acto de medida, no debemos alojarla en cualquier representación de la medida y de su metro.»

El hombre habita como poeta, Martín Heidegger

¿Aurea María Sotomayor, dónde habita ella?
¿Qué significa diseñar, construir alas? ¿Para qué, para habitar en ellas y con ellas? ¿O para medir la distancia del mar a la tierra de la misma manera en que Heidegger decía que Hölderlin hacía?: «Ya que el hombre habita midiendo de un extremo a otro el «sobre esta tierra» y el «bajo este cielo». De ahí ese ser poeta que es medir en su conferencia “*El hombre habita como poeta...*”: «Ser poeta es medir». Mas no se trata, advierte Heidegger, de una medida científica pues no se puede realizar con instrumentos de medida conocidos. Hölderlin, según Heidegger,

medía ese espacio de lo desconocido, dios, del cual el cielo era la manifestación. Entre cielo y tierra se juega la distancia que el poeta, el hombre, tiene que medir. Eso es lo que el poeta tendría que medir, lo desconocido. En ese sentido el poeta sería la medida del hombre. Así explica el filósofo el verso del poeta: «Lleno de méritos, mas como poeta, el hombre habita sobre la tierra». El poeta mide... mas no se trata de cualquier medida..., no bastan los instrumentos de medida ni de medir banalmente. Por eso habitar tampoco será entendido como el construir una habitación y el cultivar la tierra activo y

corriente. Para habitar hay que medir esa distancia entre cielo y tierra. Eso el hombre sólo puede hacerlo en tanto que poeta, no en tanto que arquitecto, agricultor o geómetra. Dejo de lado el texto de Heidegger sobre Hölderlin que merecería una larga lectura. Pero guardo de él, ese medir lo incommensurable, ese «sobre la tierra» y ese «bajo el cielo» que me permite a mi vez diseñar una escena de lectura en la cual circunscribir *Diseño de ala*.

Pues, en *Diseño de ala* se mide una distancia entre **mar** y **tierra** desde **el cielo** puesto que se quiere diseñar alas para volar. Pero, hago una pregunta más tierra adentro o poemario adentro: ¿Hacia dónde esas alas fabricadas proyectan los ojos de la poeta? Yo formulo esta hipótesis de lectura: estos poemas son meditaciones que se escriben con los ojos cerrados, su mirada es recogimiento. Es un volar hacia adentro. Aurea María Sotomayor mide con los ojos inclinados, cerrados, pensando. Por eso la mejor figura de ese volar preciso pero sin instrumentos o cuyos instrumentos están en vías de fabricación es Leonardo de Vinci. Él es la figura que recoge la de los demás poetas que sobrevuelan las páginas de ese libro, él es el emblema del ejercicio poético, de esta meditación sobre la mirada como poema. Los poemas tienen ojos, sí. Mas hacia dónde miran, si es que acaso miran. Intentemos describir ese mirar-meditar.

Hay un poema que lleva una parte del título de este poemario, *Diseño de ala: Diseño de alas en los ojos de Mona Lisa*, y que comienza con este verso en el cual los ojos no miran sino que reflejan: «En los ojos abiertos se reflejan los sueños». Se encuentra en el tercer tiempo del poemario que posee tres: *Primer tiempo: el mar*,

Segundo tiempo: Caja de música (24 resonancias) y *Tercer tiempo: el ala*. No señalo esta coincidencia para sugerir un orden de lectura ni una clave que pueda organizar el recorrido de este poemario. No. Además, el orden propuesto para el diseño del libro no se presenta así. Aunque se puede argüir que diseñar es bosquejar y por lo tanto no terminar, no cerrar. La construcción, el diseño está terminado pero sólo su esqueleto. Falta su realización. Después de todo Leonardo, el epicentro de este poemario, diseña, sueña con el vuelo, diseña alas pero no voló ¿o sí? ¿Quizá voló más que nosotros que hemos fabricado las máquinas que nos lo permiten en el presente? Pero, digamos que Leonardo cual un poeta conocía todos los misterios del volar, y cómo diseñar un ala, pero no voló. Él soñó con volar, pensó volar cuando sólo se podía soñar con. También en este sentido he diseñado un orden de lectura, remitiéndome a este poema de la tercera parte cuyo título es *El ala* y proponiéndolo como guía de mi sobrevuelo.

Quien dice Leonardo, ese nombre, esa figura dice de cierta forma renacimiento, dice perspectiva, dice mirar. Por lo tanto, se entiende un diseñar la mirada. Sí, todo tiene que ver con mirar. ¿Cómo mirar el mundo? ¿Qué mundos se develan ante nuestros ojos cuando se lleva a cabo un ejercicio de observación que aunque intenta aprehender la cosa real no se fía sólo de lo que se ve? La ciencia no habrá sido más que un redescubrir los ojos. Cito una cita de Leonardo citada por Aurea María: “La ciencia es la observación de lo posible, ya sea presente o pasado, presentir es conocer las cosas que pueden ocurrir, mas lentamente”. Se establece

una distinción entre la ciencia y el presentir, determinada por el tiempo. La ciencia es lo posible, mientras que presentir supone una forma de conocimiento de lo que puede ocurrir «mas lentamente». La figura de Leonardo en el libro de Aurea María va de una forma a la otra de estas formas de conocer el mundo. Aparece un Leonardo curioso y lento que se mueve entre diseño de alas y pintura. ¿Podríamos separar esos dos Leonardo, el inventor y el pintor? ¿O son esas dos maneras de mirar-soñar con los ojos abiertos, de diseñar inseparables? La pregunta de la poeta sería la del diseño del poema. ¿Cómo diseñar alas para volar supondría reformular la pregunta de cómo el pensamiento adquiere un ímpetu que toma la forma del poema? ¿Qué impulsa el poema? ¿Qué es lo que pone en movimiento el poema? ¿Cómo le crecen alas al poeta? Ese vuelo del poema se diseña, requiere de la industria del diseño, por lo tanto de un saber. Para volar hay que saber volar, no basta con quererlo, desearlo. Hay que poder armar unas alas, y eso requiere un saber, matemático, geométrico, pero también y sobre todo, siguiendo la medida heideggeriana, requiere además de mucha observación de cosas que no se ven al ojo desnudo.

Mirar sucede más allá de lo que se ve: «Escribir es erizar las alas para volar, el instinto de que algo acaece y se aproxima y nos sorprende en medio de la paz. Pero volar es reconocerlo todo desde arriba con los ojos cerrados [...] Volar es saber todo, para luego dejarse ir». Insisto en ese volar que es “saber todo, para luego dejarse ir”. Ahí, en ese movimiento, yo localizaría el pensar-poético de Aurea María Sotomayor. Dos movimiento: un

saber todo, *une femme savante*, y del otro un dejarse ir que no tiene que ver con un saber sino con ese reflejo en los ojos abiertos. Por eso me parece que en cada uno de esos poemas se intersecan dos miradas cuya figura es Leonardo de Vinci: la del soñador y la del científico. El poema se forja en una forja del pensar y del soñar: dos direcciones aparentemente opuestas. Heidegger, como sabemos, percibió en el poema un ejercicio filosófico, una condensación del pensar-habitar. Aurea María Sotomayor, al utilizar la metáfora del diseño de las alas para nombrar su hacer poético, coloca el ejercicio poético en esa tradición que ve en el poema un pensar. Ahora bien, es un pensar que hace, hay que *diseñar* para volar. Por eso hay que saber *todo* para volar, y luego dejarse ir. Ella diseña de muchas maneras: en el primer tiempo hay muchas perspectivas del mar sacadas de otros poetas, de libros, de vivencias, de memorias y mitos. En la segunda parte se recurre a la música y sus modelos siguen siendo prestados a otros poetas, a mitos y vivencias y en el tercer tiempo se deja entrar a Leonardo de Vinci, sus cuadernos, pinturas y sueños. Yo pienso que el libro se construye desde ahí, que todo su diseño emana de esa tercera parte. Del ala, precisamente.

Yo, sin embargo, no empecé a leer este poemario por ese poema: *Diseño de alas en los ojos de Mona Lisa*. Porque tengo que decir que inicialmente no presté atención al título del libro. Entre otras cosas me quería alejar de tropos gastados por la poesía que sugieren que el poema vuela, que el acto poético supone una forma de vuelo, en fin, todo lo que pueden sugerir unas alas. Si bien esto es cierto, que esa figura dice

algo del estado poético, de que el volar tiene que ver sobre todo con el deseo o que el deseo tiene alas, cierto ¿no?, sin embargo me quise sustraer de lo que sugieran esas figuras poéticas. Me parece que de cierta forma acataba la propuesta sugerida en el primer poema: *Poseer (sustraer) disfrutar*: «Sustraerse de las cosas o del territorio es otra forma de poseerlo, si el esquema cumple con la ficción de inventarlo». Poema que termina con «Y tengo el mar». Un poco dejé atrás las alas, y me di a la tarea de inventar para tener algo. Curiosamente, lo que se impuso sutilmente en esta segunda lectura fueron los ojos. Encontré muchos versos llenos de ojos. Una repetición y una insistencia que me puso a mirar mientras sobrevolaba el poemario y que de cierta forma se concretizó cuando al final vi como por primera vez *Diseño de alas en los ojos de Mona Lisa*. Leí como por primera vez el título del poemario, *Diseño del ala*, este título miraba a este poema, *Diseño de alas en los ojos de Mona Lisa*, y este poema miraba como en un juego de espejos al título, pero también porque entre las alas y los ojos, es en los ojos que parece encontrarse la habitación de la diseñadora. En los ojos se encuentra la forja de la poeta. Es ahí donde se diseña el poema que es un pedazo de mar o mares (hay tantos mares en este poemario: los de otros poemas, o los vistos y rememorados, los míticos), pero también cuadros, música, libros. Ahora bien de qué ojos estamos hablando, o mejor aún ¿qué hacen esos ojos? ¿hacia dónde miran? A la imagen de Mona Lisa, a quien nosotros miramos, pero que no nos mira, los ojos de este poemario no nos miran a nosotros: «Leonardo estampó la sonrisa enigmática de la Mona Lisa mirándola a los ojos, pero esquivó

sus ojos». Yo diría que los poemas de *Diseño de ala* nos esquivan. Nosotros los miramos a los ojos pero ellos nos esquivan porque ellos están mirando hacia otro lugar, son fragmentos de memoria, a veces leída, a veces contemplada cual paisaje de mares, que se fugan, se sustraen de la realidad para poder tener algo.

El ojo es el órgano de la contemplación, el del conocimiento en una larga tradición que los asocia con la luz y la claridad; son también el órgano de la lectura, y el que mira un lienzo. Esta historia del ojo a la Aurea María aunque esquivada, no sugiere ningún terror, ningún miedo a perder el órgano que Freud asocia a la castración. Como dice en *Lo ominoso* sólo un órgano tanpreciado tenía que ser resguardado por un miedo tan poderoso como el de ser castrado. No, aquí no. Aquí los ojos piensan y sueñan cerrados, y aun cuando estén abiertos no están mirando. Porque mirar no es mirar en la superficie del ojo, mirar sucede más allá, o al menos es lo que provoca, despierta más de un fantasma. Lo que entra por el ojo es el estímulo que pone en ruta una máquina que diseña sueños y alas. Los ojos son también un espejo. A veces parece que la poeta usara sus ojos como espejos y copiara, el poema, que se refleja en la superficie de sus pupilas. El ejercicio de escritura se asemeja al de la pintura: las pupilas son su lienzo. La poeta recoge lo que se refleja en sus ojos que no se limita a lo que se ve en la llamada realidad. La realidad sólo estimula el ver, pero no es lo que se ve.

Haré sólo un recorrido parcial de los ojos. No pretendo citarlos todos. Por lo demás habría que ver cada uno de esos poemas. Pero, sólo quiero ejemplificar y dar a escuchar y a mirar esa

recurrencia como también ese movimiento que consiste en esquivar la mirada y que para mí se anuda en ese poema del tercer tiempo. El poema no nos mira.

En salir del marco, por ejemplo, tenemos los ojos inclinados en el libro de Dante:

¿Qué encontrar más allá de unos párpados
bajos?

Inclinados, los ojos se ocultan,

Trafican letras, hilvanan

Furiosa, tiernamente,

La cita de amor

Que todos buscan en el libro de Dante.

*La inclinación los sustrae de la necesidad
de levantar los ojos.*

El espectáculo de lo que se ve desde ese
ángulo en declive de la mirada,

No valdrá la pena dibujarlo.¹

En ese mismo poema se confiesa:

Cerrar los ojos o al menos

Pensar que los cierro,

Provee una gran dosis de serenidad,

Una tregua para revalorar estos minutos.

Los ojos inclinados,

Los párpados sosegados por el aliciente del
silencio

Que enmarca ese paisaje.

Cerrar ojos o siquiera, estamos entonces meditando. Hay que mirar hacia abajo, o en otras palabras para salir del marco de la mirada hay que inclinar los ojos, casi cerrarlos.

En *Mares* se dicen los ojos del sueño: «Escucho el murmullo de mis ojos saliéndose del sueño. Se embarcaron en otro plano que nada tiene que ver con lo real. Mis ojos vuelven cuando no quiero recordar». (p. 23)

En *Culebra en Ferry* es el puerto: «ante los ojos que no pueden reposar hasta mirarlo lento en su despliegue» o «y el silencio, en medio de este mar resonante sin que nadie lo vea» (p. 29) pero que la voz poética mira.

En *Caribe y variaciones*, el extranjero que contempla el mar: «La sombra de un gran pájaro ara su sueño y le ensucia los ojos». (p. 31)

En *Casi Coda*: «la arquitectura provee metáforas que hacen posible, sueños que no salgan de los ojos...»

En *La hora añil*: «Cuando cierro los ojos aparece la luz en negativo...»

En *U-cello* más explícitamente se nos dice: «He armado este paisaje para que lo contemples con los ojos del sueño». (p. 76) Me parece que esta sugerencia de la voz poética es válida para toda la lectura del libro. Hay que leer *Diseño del ala*, sino con los ojos cerrados, al menos con los que sólo reflejan, sueñan.

En *Vuelo de los pájaros*, la parte del libro consagrada a Leonardo de Vinci, se confiesa: «Y prefiero no ver a borrar de la memoria». (p. 84) Entonces no se trata de ver al ojo desnudo, más bien de desnudar el ojo para rediseñar el mundo, para rememorarlo. Esas memorias provienen tanto de lo vivido como de lo leído, de lo visto, en fin de todo lo que alimenta el sueño que hace que nos dejemos ir.

En *Adagio*, aparecen otra vez los ojos cerrados: «el idioma de los ojos cerrados, cuando nada se dice». Y por último en *La fuerza*: «la

¹ El subrayado es mío.

fuerza viene de donde no se ve». El poemario es como una Mona Lisa que colocado frente a nosotros, el cuadro, nos contempla pero no nos mira, sus ojos se esquivan porque el paisaje le crece como las alas, en las espaldas; la dirección de los ojos sólo indican un *Sitio sin lugar* (título de otro poema) porque lo que sucede no se ve, sólo se sueña, y el poema es un tenue diseño de

eso que se vio. Por eso quizá las alas se diseñan en los ojos de la Mona Lisa... ella la mirada emblemática de ese hacer poético.

¿Hacia dónde esas alas proyectan los ojos de la poeta? Preguntaba al principio: hacia adentro. La mirada es interior. La mirada se mira. Así se medita y se mide el diseño del poema.

* Ponencia presentada en el Foro en torno a *Diseño del ala* de Aurea María Sotomayor, celebrado el 27 de abril del 2006 en la Sala Jorge Enjuto de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.